

DESPEDIDA DE HÉCTOR.

SONETO.

Allá de Troya en el inmenso foro
Héctor ostenta su luciente cota,
Lanza y morrión y cándida garzota,
Y altos coturnos recamados de oro.
Su esposa se le acerca, y blando lloro
Amargamente de sus ojos brota,
Y bajo el velo que en el aire flota
Le lleva el hijo, de los dcs tesoro.
Quiere cogerlo en brazos el troyano,
Y el niño desconócele y se espanta,
Grita y se esconde en el materno seno.
Héctor entonces con robusta mano
Se quita el casco, al niño se adelanta,
Lo besa, y parte de congoja lleno.

NAPOLEÓN EN EL MAR ROJO.

El sol estaba oculto detrás de las montañas
Que forman la cadena de Libia la arenosa ;
Debajo de su tienda el árabe reposa,
Reposa el dromedario y el rápido corcel.
Se pierden en la sombra de pavorosa noche
De Tebas y de Menfis las ruinas estupendas ;
Profundo es el silencio que reina allá en las sendas
Que van para las Palmas y Fuentes de Moisés.

En tanto Bonaparte camina silencioso
En un caballo blanco, por tristes soledades
Vecinas al Mar Rojo, pensando en las edades
Antiguas que pasaron, y nunca volverán.
Reposa en la memoria batallas y conquistas

De altivos Faraones, de griegos Tolomeos,
De bárbaros Califas, y piensa en los trofeos
Que bravos los cruzados lograron alcanzar.

Absorto en pensamientos gloriosos y sublimes
Camina por la playa del mar adormecido,
Del mar que en otro tiempo con hórrido bramido
Caballo y caballero y carros se tragó.
La noche se adelanta cubriendo de tinieblas
El bárbaro desierto y el piélagos callado ;
Apenas se distingue soldado de soldado,
Apenas se distingue camello de bridón.

Del mar en la ribera tan sólo se escuchaban
De pájaros marinos los gritos lamentables,
Pisadas de caballos y estrépito de sables,
De tropas que seguían al ínclito adalid.
En esta negra noche, en medio á tal escena
Que pasa en el desierto ; ¿quién ¡ay! pensado habría
Que Europa la orgullosa vencida en algún día
Delante de aquel joven rindiera la cerviz ?

En tanto sopla el viento y crece la marea,
Levántanse las olas y braman y rebraman,
Y en playas solitarias se estrellan y derraman,
Y alcanzan al caballo del bravo general.
La noche es espantosa y pálpanse las sombras,
Incógnita es la tierra, perdido está el camino ;
Y crece la tormenta, y crece el torbellino ;
Jinetes y corceles no saben donde están.

El férvido caballo del grande Bonaparte
En medio del peligro salir del agua emprende,
É indómito su pecho las anchas olas hiende,
Y abiertas las narices relucha con el mar.
En tanto el jefe altivo descansa en su fortuna ;
Egipto está en su mente, Albión y toda Europa
El trono de Capeto y la aguerrida tropa
Que lunas y turbantes impávida hollará.

Si alguna de las olas lo hubiera arrebatado
Al fondo peñascoso del piélago profundo,
¡Qué llantos y suspiros ahorráranse en el mundo!
¡Qué incendios y matanzas ahorráranse también!
Mas Dios, que allá á sus solas miraba los imperios
Y mil y mil designios altísimos tenía,
Sacó de entre las aguas al hombre que debía
Á pueblos y monarcas poner bajo su pie.

Sacólo de las ondas á fin de que su espada
De Europa castigase los crímenes sin cuento,
Los crímenes de un siglo soberbio y turbulento
Que á todas las naciones de escándalo llenó.
Á Francia lo condujo, y á Italia floreciente,
Á Iberia belicosa, á la ilustrada Prusia,
Al Austria formidable y á la potente Rusia;
Y luego á Santa Elena, y ¡adiós Emperador!

D. ALEJANDRO ARANGO Y ESCANDÓN.